

respetada que en Francia; pero aquí el pueblo es indiferente en materia religiosa, y esto garantiza mi tranquilidad.

Propuso a Arcadio que unieran sus esfuerzos, y se despidieron al salir de la cervecería cuando ya el cierre metálico se precipitaba estruendosamente.

—Para empezar—dijo Zita—es indispensable que conozcas al jardinero Nectario. Yo te llevaré una tarde a su casita rústica.

Teófilo, que había dormido tranquilamente durante aquella larga conversación, suplicó a su amigo que le acompañase a su casa donde fumarían un cigarrillo. Vivía muy cerca, en la esquina de la callejuela de Steinkerque, a poca distancia de allí, a la vuelta del boulevard.

Teófilo deseaba que Arcadio conociese a Bocota, seguro de que le agradaría el trato de aquella mujer.

Subieron hasta el quinto piso. No encontraron allí a la cupletista. Sobre el piano había una lata de sardinas, abierta; las medias encarnadas serpenteaban sobre las butacas.

—Es un pisito pequeño, pero muy agradable—dijo Teófilo.

Se asomó a la ventana por donde se veía un cielo blanquecino surcado por infinitos resplandores, y prosiguió:

—Desde aquí se ve la iglesia del Sagrado Corazón.

Apoyó una mano en el hombro de Arcadio y dijo con insistencia:

—Me agrada mucho haberte encontrado; me agrada mucho, mucho.

Luego condujo a su antiguo camarada celeste por el

pasillo de la cocina, dejó la palmatoria, sacó del bolsillo una llave, abrió una alacena, descorrió una cortina y dejó al descubierto dos grandes alas blancas.

—Ahí las tienes—dijo—, las he conservado. De vez en cuando, para distraer mi soledad, las contemplo. Me confortan...

Se frotó los ojos enrojecidos.

Después de un silencio conmovedor, acercó la bujía a las enormes alas, que se hallaban a trechos desprovistas de su blanco plumón, y murmuró:

—Se apolillan...

—Ponles alcanfor—dijo Arcadio.

—Ya se lo puse—repondió el músico entristecido—. Les he puesto alcanfor, pimienta, sales; pero nada las conserva.

#### CAPITULO XIV

Que nos permite ver al querube afanado en la dicha de la Humanidad, y termina de un modo sorprendente con el milagro de la flauta.

La primera noche de su encarnación durmió Arcadio en la vivienda del ángel Istar, un desván de la estrecha y lóbrega calle de Mazarino que se enmohece a la sombra del viejo edificio de la Academia francesa. Istar, que le aguardaba, había quitado del medio, amontonándolas en un rincón, las retortas inservibles, las marmittas abolladas, los frascos rotos, los hornillos inútiles que componían su ajuar, y había extendido sobre los

ladrillos toda su ropa, que le serviría de cama, con el propósito de ceder al huésped su catre de tijera y su jergón.

Los espíritus celestiales adquieren distintas apariencias según la jerarquía y el coro a que pertenecen y según su propia naturaleza. Todos ellos son hermosos, pero con mucha variedad, y no todos presentan las suaves curvas y los risueños hoyuelos de las carnes infantiles, donde se mezclan reflejos nacarados y brillantes rubicundeces. No todos lucen en su inmarcesible adolescencia el encanto ambiguo que, al declinar, imprimía el arte griego a sus más preciosos mármoles, y que tantas veces la pintura cristiana insinuó tímidamente en imágenes enternecidas y veladas. Los hay cuya barbilla se cubre de abundante pelo y cuyos miembros hállanse formados por músculos tan vigorosos, que se destacan bajo la piel ondulantes como serpientes. Los hay que no tienen alas, y los hay que tienen dos, cuatro, seis; algunos están formados solamente por un conjunto de alas y otros, que no son los menos favorecidos, presentan un aspecto monstruoso como los centauros de la Mitología, y adquieren formas de carros vivientes o de ruedas de fuego. Istar, uno de los miembros de la más alta jerarquía celeste, formaba parte del coro de querubines o querubes, sobre los cuales sólo se hallan los serafines; y como todos los espíritus de su clase tuvo en el cielo la figura de un toro alado con cabeza de hombre barbudo y cornudo, y lució sobre sus costados los atributos de una fecundidad generosa. Mayor y más potente que ningún animal de la Tierra, en pie y con las alas desplegadas cobijaba a sesenta arcángeles. Tal fué Istar en su patria, donde resplandecía por su vigor y su ternura. Su corazón era intrépido

y su alma benévola. Poco antes aún amaba a su antiguo Señor, le creía bueno y le servía fielmente. Pero mientras guardaba el trono de su Dueño, esforzándose por comprender el castigo de los ángeles rebeldes y la maldición de Eva; su preocupación era obstinada y profunda. Cuando al fin de una larga serie de siglos, convencióse de que Ialdabaoth había concebido con el Universo el Mal y la Muerte, dejó de adorarle y de servirle; su amor trocóse en odio, su veneración en desprecio, y después de proclamar frente a frente que le execraba, huyó a la Tierra.

Revestido con forma humana y reducido a la figura de los hijos de Adán, aún conservó ciertos rasgos de su primitiva naturaleza. Sus ojos redondos y superficiales, su nariz achatada y respingona, sus labios gruesos orillados por una barba negra que caía ondulante sobre su pecho, recordaban los querubes del tabernáculo de Iahveh que reproducen con bastante fidelidad los toros de Nínive. Conservaba en la Tierra el nombre de Istar que usó en el Cielo, y sin ninguna vanidad, libré de todos los prejuicios sociales, en un inmenso anhelo de aparecer siempre sincero y leal, proclamaba el ilustre rango de su nacimiento al traducir en francés su celeste jerarquía de querube por un título análogo, y se llamaba el príncipe Istar. Refugiado entre los hombres, les consagraba su inmensa ternura. Esperando la hora de librar al Cielo de la tiranía, se preocupaba de la regeneración humana, y sentía impaciencia por conseguir la ruina de este mundo pervertido y levantar sobre sus escombros, entre armonías líricas, la ciudad radiante de alegría y de amor. Empleado en una industria de abonos químicos, vivía modestamente, colaboraba en los periódicos anarquistas, hablaba en las reuniones públi-

cas, y había sido condenado a varios meses de cárcel por su antimilitarismo.

Istar acogió cordialmente a su hermano celestial, aprobó su resolución y sus propósitos, y le hizo saber que habían abandonado a su Señor más de cincuenta hijos del Cielo y formaban cerca de Val-de-Grace una colonia muy bien constituida.

—Llueven ángeles sobre París—dijo sonriente—. Al diario emigran algunos de las divinas moradas, y muy pronto al Sultán de las Nubes no le quedarán para servirle mas que los niñitos alados de sus pajareras.

Arrullado por tan halagüeñas noticias quedóse dormido Arcadio, rebotante de júbilo y esperanza.

Cuando se abrieron sus ojos, al amanecer, vió al príncipe Istar agazapado sobre sus hornillos, sus retortas y sus matraces. El príncipe Istar se afanaba por el bien de la Humanidad.

Lo primero que Arcadio veía todas las mañanas al despertarse, era la figura del príncipe Istar consagrado a su obra de ternura y de amor. Ya encogido, con la cabeza entre las manos, murmuraba el querube suavemente algunas fórmulas químicas, ya se alargaba como negra columna de humo y metía la cabeza y los brazos por el tragaluz para depositar en el tejado su marmita de hierro, temeroso de una investigación policiaca. Inspirábase una inmensa piedad las miserias de este mundo, y sensible al rumor que se alzaba en torno de su nombre, influido por su propia virtud, ejercía el apostolado de la Humanidad y olvidaba la misión que se impuso al caer sobre la Tierra. Arcadio sentía un ansia inextinguible de recobrar como vencedor el Cielo y reprochaba al querube el olvido de su patria; y el príncipe Istar, entre salva-

jes y candorosas risotadas, le repetía que los ángeles no merecen ser preferidos a los hombres.

—Consagro todos mis esfuerzos a sublevar Francia y Europa, porque se acerca el día en que veré triunfante la revolución social. Es muy grato sembrar en este suelo donde otros dejaron hecha una profunda labor. Los franceses que supieron pasar del feudalismo a la monarquía y de la monarquía a la oligarquía del dinero, pasarán fácilmente de la oligarquía al anarquismo.

—¡Cuánto yerran—le replicó Arcadio—los que confían en bruscas y fundamentales variaciones del orden social en Europa! La vieja sociedad se siente aún enérgica y potente, casi juvenil; dispone de formidables recursos para defenderse; y en cambio el proletariado, que apenas tiene un esbozo de organización defensiva, tropieza en su debilidad y en su confusión cuando se dispone para la lucha. En nuestra patria celestial ocurre todo de muy distinta manera; bajo un aspecto inmutable todo está corrompido; basta un empujón para derrumbar el edificio que nadie combatió durante millares de siglos. La administración, el ejército, la hacienda; todo se halla más viejo y apollado que la autocracia rusa o persa.

Y el bondadoso Arcadio exhortaba al querube para que volase primero en socorro de sus hermanos, que viven en las nubes entre música de cítaras y deleites paradisíacos, más dignos de compasión que los hombres encorvados sobre la tierra avara, porque los hombres conciben la justicia y los ángeles se gozan en la iniquidad. Inclínábale a libertar al Príncipe de la Luz y a sus compañeros infernales para restablecerlos en sus antiguos honores.

Istar se dejaba convencer y prometía emplear la dul-

zura persuasiva de sus palabras y las fórmulas excelentes de sus explosivos en provecho de la revolución celestial.

—Mañana...

Después olvidaba su promesa para seguir su campaña antimilitarista en Issy-les-Moulineaux. Como el titán Prometeo, Istar amaba a los hombres.

Arcadio sentía todas las necesidades a que la raza de Adán está condenada, y carecía de recursos para satisfacerlas. El Querube consiguió que lo emplearan en una imprenta de la calle de Vaugirard a cuyo regente conocía. Gracias a su celestial inteligencia, pronto aprendió Arcadio a «levantar letra», y en poco tiempo llegó a ser un buen cajista.

Después de pasar todo el día con el componedor en la mano izquierda para colocar en él los menudos signos de metal que sacaba de la caja con la mano derecha, se lavaba en la fuente del patio; y mientras comía en la taberna leía un periódico extendido sobre la mesa de mármol.

Al dejar de ser invisible no pudo introducirse como antes en la biblioteca d'Esparvieu, y no saciaba ya en aquel manantial inextinguible su ardiente sed de conocimiento. Solía ir por las tardes a la Biblioteca de Santa Genoveva, sobre la célebre montaña de los estudios; pero allí solamente le facilitaban libros raros, grasiientos, plagados de anotaciones ridículas, y de los cuales habían sido arrancadas muchas páginas.

La presencia de las mujeres le turbaba y le recordaba a la señora de Aubels, cuyas blancas rodillas lucían en el hoyo de la cama deshecha; y a pesar de ser muy hermoso, al verle mal vestido y pobre ninguna le quería.

Intimó con Zita, y los domingos le agradaba recorrer

a su lado las carreteras polvorientas junto a los fosos de las murallas en cuya humedad crecen abundantes yerbajos. Al pasar cerca de los ventorrillos, de las huertas y de los merenderos, discutían los más grandiosos planes que han concebido los hombres; y algunas veces la música de un «tío-vivo» en cualquier feria, sirvió de acompañamiento a sus terribles palabras reveladoras de sus propósitos contra el poder de Dios.

Zita repetía con frecuencia:

—Istar es honrado, pero de sobra inocente. Confía en la bondad de los seres y de las cosas, prepara la destrucción del viejo mundo y espera que la anarquía pueda crear espontáneamente un orden armónico. Tú, Arcadio, crees en la ciencia; imaginas a los hombres y a los ángeles capaces de comprender, y sólo están formados para sentir. Convéncete de que no es posible obtener de ellos nada conforme a la razón inteligente; para que te escuchen has de hablar a sus intereses y a sus pasiones.

Arcadio, Istar, Zita y otros tres o cuatro ángeles rebeldes, reuníanse de cuando en cuando en el reducido aposento de Teófilo Belais, donde Bocota les servía el té. Desconocía su condición de ángeles enemigos de Dios, pero instintivamente los odiaba y los temía por su educación católica, bastante descuidada por cierto. Sólo el príncipe Istar le agradaba, le parecía muy bondadoso y de una distinción natural. El príncipe hundía el diván con su corpulencia; desvencijaba los sillones; para tomar algún apunte arrancaba una tira de cualquier partitura, y se la metía después en los bolsillos rebosantes de folletos y botellas. El músico veía con amargura las hojas de su opereta *Alina, reina de Golconda*, con las márgenes recortadas. El príncipe tenía también la costumbre de guardar en casa de Teófilo Belais toda clase

de artefactos peligrosos, de sustancias químicas, hierros, metralla, pólvoras y líquidos infectos. Teófilo Belais los guardaba con precaución en la alacena de sus alas, y este depósito era para él motivo de alguna inquietud.

Apenábase Arcadio al sentir el desprecio de sus compañeros que permanecían fieles al Señor y que, al encontrarle algunas veces en su camino mientras realizaban sus celestiales misiones, le miraban con odio cruel o con piedad aún más cruel que el odio.

Solía visitar a los ángeles rebeldes cuyos refugios le indicaba el príncipe Istar, y era casi siempre bien recibido; pero en cuanto les comunicaba sus planes comprendía que todos ellos consideraban la conquista del Cielo como un asunto enojoso e incomprensible. Arcadio se convenció de que les contrariaba todo aquello que pudiera torcer sus gustos, sus negocios y sus costumbres; le chocaron sus opiniones erróneas y sus ideas mezquinas; las rivalidades, las envidias que se le revelaban entre unos y otros, pronto desvanecieron la esperanza de asociarlos en una obra común. Al cerciorarse de qué modo el destierro deprime los caracteres y debilita las inteligencias, languideció el brío que le impulsaba.

Una tarde confesó a Zita su abatimiento, y entonces el arcángel transformado en hermosa mujer le dijo:

—Visitaremos a Nectario. Nectario tiene remedios para curar la tristeza y la fatiga.

Le condujo por los bosques de Montmorency, hasta llegar a una casita blanca, contigua a una huerta devastada por los fríos del invierno, donde brillaban en la obscuridad los vidrios de los viveros y los rajados fanales de los melones. Allí se detuvieron y llamaron.

Nectario abrió la puerta a los visitantes, y después de acallar con voces cariñosas los ladridos de un perrazo dogo que guardaba el jardín, los entró en la sala del piso bajo donde una estufa de barro vidriado caldeaba el ambiente. Sobre un estante de pino apoyado en la pared enjalbegada, entre cebollas y simientes había una flauta dispuesta a ofrecerse a los labios, y sobre una redonda mesa de nogal una tabaquera de loza, una pipa, una botella de vino y algunos vasos. El jardinero, después de acercarse a cada uno de sus huéspedes una silla de enea, sentóse en un taburete junto a la mesa.

Era un anciano robusto; sobre su cabeza se alzaba indómito el pelo abundante y gris; tenía la frente abombada y la barba partida; era chato y rubicundo. Su perrazo dogo tumbóse a los pies del amo, apoyó entre sus patas el hocico negro y corto y cerró los ojos. El jardinero llenó tres copas; bebieron y hablaron. Zita dijo después:

—Yo quisiera, Nectario, que tocara usted la flauta. Este compañero mío se lo agradecerá mucho.

No se hizo rogar el buen anciano; acercó a su boca el tosco instrumento de madera, que acaso él mismo había fabricado, y preludió algunas frases extrañas; luego desarrolló preciosas melodías, en las que brillaban los trinos como brillan sobre el terciopelo los diamantes y las perlas. Manejado por dedos expertos, animado por un soplo creador, el rústico instrumento resonaba como una flauta de plata, no producía sonidos estridentes y era su timbre armónico y puro. Dijérase que a un tiempo cantaban el ruiseñor y las Musas, la Naturaleza y el hombre. Y el anciano preparaba, ordenaba, desarrollaba sus ideas en un discurso musical brioso y delicado. Expresaba el amor, el temor, las estériles disputas, la

risa triunfante, los resplandores de la inteligencia, las flechas del genio que acribillan con su punta sutil a los monstruos de la Ignorancia y del Odio. Expresaba también la Alegría y el Dolor que abaten a un tiempo sus frentes gemelas, y el Deseo creador de mundos.

La flauta de Nectario endulzó todos los momentos de aquella noche. Ya la estrella del pastor ascendía por el horizonte blanquecino. Zita, inclinada, con las manos juntas sobre sus rodillas, y Arcadio con la sien apoyada en el puño y los labios entreabiertos, escuchaban inmóviles. Al despertar cerca de allí una alondra en un campo arenoso, atraída por tan gratos sonidos elevóse rápidamente en el aire, se detuvo aleteando para orientarse y se lanzó en línea recta sobre el huerto del músico. Los gorriones de la vecindad abandonaron las grietas de los viejos muros para posarse en el alféizar de la ventana, atraídos por aquellas dulces notas con más afán que si fueran granos de trigo. Un grajo que abandonaba el bosque por vez primera, plegó sus alas de zafiro sobre las desnudas ramas de un cerezo. Junto al tragaluz del sótano una enorme rata negra, recién salida de un sumidero, apoyada sobre sus patas traseras alzó sus brazuelos y extendió sus uñas. Un ratoncito campestre se detuvo también. El gato de la casa, que había heredado de sus montaraces abuelos el pelo gris, la cola anillada, el lomo flexible y potente, la fiereza y la osadía, bajó del tejado, empujó con el hocico la puerta entornada, acercóse en silencio al flautista, y sentado en postura majestuosa aguzó sus orejas desgarradas en los combates nocturnos. La gata blanca del abacero le siguió, y olfateando el aire sonoro, arqueóse, cerró sus ojos azules y escuchó embelesada. Los ratones abandonaron sus nidos, acudieron presurosos, y se acercaron a sus verdu-

gos sin temor a las garras ni a los dientes; inmóviles, cruzaban con voluptuosidad sobre su pecho sus rosadas manecitas. Las arañas, lejos de sus telas, estremecían sus patas y reunían en el techo a su familia gozosa. Un lagarto deslizóse por debajo de la puerta y quedó fascinado. En el desván, colgado cabeza abajo y sostenido por la uña, un murciélago despertó a medias de su sueño invernal y se balanceó para seguir el ritmo de la flauta maravillosa.

## CAPÍTULO XV

**Donde Mauricio, hasta entre los brazos de su querida lamenta la ausencia de su ángel, y donde el reverendo padre Patouille rechaza como error y vanidad la idea de una nueva rebelión de los ángeles.**

Habían pasado quince días desde la aparición del ángel en el entresuelo de la calle de Roma, y por primera vez Gilberta llegó antes que Mauricio. Él estaba preocupado, ella de mal humor; al recobrar la naturaleza su triste monotonía, los ojos de ambos, después de acariciarse voluptuosamente, se dirigían sin cesar hacia el rincón donde la borrosa figura de Arcadio se les mostró una tarde, y donde sólo se veía ya la cretona azul que tapizaba la pared.

Sin nombrarlo—de tal modo palpitaba entre los dos amantes la preocupación del ausente—, la señora de Aubels preguntó:

—¿No le has visto más?

Lentamente, tristemente, Mauricio meneaba la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—Creo que lo lamentas—repuso la señora de Aubels—; y sin embargo, confíésalo, te asustó mucho y te sentiste molestado por su incorrección.

—Es verdad que no estuvo correcto—adujo Mauricio, sin que le molestara esta idea.

Sentada en la cama, casi desnuda, con la barba sobre las rodillas y las manos cruzadas junto a los pies, Gilberta miró a su amante con viva curiosidad.

—Oye, Mauricio, ¿ya no te produce ninguna impresión verme sola contigo? ¿Necesitas que un ángel te inspire? A tu edad, esto es grave...

Como si no lo hubiera oído, él preguntó solemnemente:

—Dime, Gilberta: ¿notas dentro de ti la presencia de tu ángel custodio?

—¿Yo? De ninguna manera. Nunca se me ha ocurrido pensar en... Pero no supongas que me faltan creencias religiosas. Los que no las tienen viven como bestias. Y además, no se puede ser honrada sin religión. Es imposible.

—Sí, eso es—dijo Mauricio absorto en la contemplación de las rayas violáceas de su bañín—. Mientras nos acompaña nuestro ángel custodio ni siquiera pensamos en él, pero si nos abandona sentimos una especie de soledad.

—¡Vaya! Lamentas mucho su alejamiento.

—Es decir...

—Sí, sí, lo lamentas. Pues bien, amigo mío; al perder un ángel custodio como el tuyo, no pierdes gran cosa. ¡Ah, no! Créeme: tu Arcadio no valía nada. La famosa

tarde, mientras fuiste a comprarle ropa, tuvo que abrocharme la blusa por estar los corchetes a la espalda, y el muy tuno se complacía en impacientarme; tardaba, y sentí perfectamente sus manos que... Bueno; desconfía; ¿sabes?

Mauricio encendió un cigarro y se quedó pensativo. Hablaron de las carreras de bicicletas en el Velodromo de invierno y del Salón de aviación en el Círculo automovilista de Bruselas, sin encontrar alivio a su aburrimiento. Después recurrieron al amor para distraerse, y lo consiguieron con facilidad; absorbidos el uno en el otro lograron interesarse; pero cuando ella debía mostrar mayores atenciones a su mutuo ardor, exclamó, inesperadamente sobresaltada:

—¡Dios mío, Mauricio, qué importuno estuviste al explicarme que mi ángel custodio me vel! No puedes imaginar hasta qué punto me desazona semejante idea.

Mauricio, desconcertado, exigió de una manera un tanto brutal a su amada el necesario recogimiento. Ella repuso que su delicadeza se rebelaba al imaginar que podían hacer cama redonda con los ángeles.

Deseaba Mauricio encontrar a Arcadio, y este deseo era ya una obsesión. Culpábase amargamente de no haber seguido sus huellas al despedirse y meditaba noche y día la manera de averiguar su paradero. Como no se le ocurría un recurso mejor, insertó en la página de anuncios de un diario de gran circulación el siguiente aviso: «*Mauricio a su Arcadio. Vuelve.*»

Pasaba el tiempo y Arcadio no volvía.

Una mañana, el joven d'Esparvieu fué a San Sulpicio para oír la misa del padre Patouille, y después, cuando

el sacerdote abandonaba la sacristía, se acercó a él para suplicarle que le concediera un momento de atención. Bajaron las gradas de la iglesia, y atraídos por la nitidez espléndida del cielo, pasearon junto a la fuente de Les Quatre-Eveques. En lucha con la turbación de su conciencia y con la dificultad de que resultara verosímil un suceso tan extraordinario, Mauricio refería de qué manera su ángel custodio le anunció su resolución funesta de abandonarle para fomentar una nueva rebelión de los espíritus gloriosos. Y el joven d'Esparvieu preguntó al respetable eclesiástico de qué medios podría valerse para recobrar el celestial protector, cuya ausencia le era ya intolerable, y para atraerle de nuevo a la fe católica. El reverendo Patouille le respondió, con afectuosa tristeza, que su amiguito predilecto había soñado y juzgaba realidad sus alucinaciones enfermizas; luego le advirtió que la fe nos prohíbe suponer que los ángeles del Señor pretendan rebelarse.

—Es un error pensar que se puede vivir impunemente—añadió—entregado a la disipación y a los vicios. El abuso de los placeres corrompe la inteligencia y perturba la razón; el demonio se apodera de los sentidos del pecador y penetra por ellos hasta su alma; esta vez, con burdos ardides, se ha burlado de ti.

Mauricio sostuvo que no había sido víctima de alucinaciones de ninguna especie, que tenía la certeza de no haberlo soñado, que realmente sus ojos vieron y sus oídos oyeron a su ángel custodio. Insistió:

—Padre mío: una señora que se hallaba en aquella ocasión cerca de mí, a la que no debo nombrar, le ha visto y le ha oído tan bien como yo. Por añadidura, ella sintió los dedos del ángel que se... complacían... ¡Bueno! Basta decir que los sintió... Créame usted, pa-

dre mío, no hay cosa más cierta, más real, más indudable que la referida aparición. El ángel era rubio, joven y hermoso. La blancura de su piel aparecía en la obscuridad como si transparentara una luz blanquecina. Su voz era suave y armoniosa.

El cura interrumpió vivamente:

—Sólo eso, hijo mío, bastaría para probar que soñaste. Según la opinión de todos los demonólogos, los ángeles rebeldes tienen la voz bronca y rechinante como una cerradura oxidada; es posible que logren encubrir su rostro con apariencias bellas, pero jamás consiguen imitar la voz pura de los ángeles buenos. Este hecho, comprobado por numerosas afirmaciones, resulta de una certeza indudable.

—Aseguro que le vi, padre mío; le vi completamente desnudo, sentado en una butaca sobre un par de medias negras. ¿Qué más podría decirle a usted para vencerle?

Al padre Patouille no le hicieron vacilar lo más mínimo semejantes noticias:

—Vuelvo a repetírtelo, hijo mío; hay que atribuir esas alucinaciones enfermizas, esos delirios de un alma profundamente perturbada, al deplorable estado de tu conciencia. Creo poder discernir la circunstancia ocasional del trastorno que ha sufrido tu entendimiento debilitado. Hace algunos meses viniste con espíritu poco piadoso, en compañía de tu tío Cayetano y del señor Sarriette, a visitar en esta iglesia la capilla de los Angeles, entonces en reparación. Nunca será excesivo, como entonces dije, cuanto se haga para reducir la inspiración de los artistas a las reglas del arte cristiano; nunca será excesivo cuanto se haga para imponerles respeto a las Sagradas Escrituras y a sus intérpretes autorizados. El



pintor Delacroix no había sometido su genio fogoso a la tradición. Dejóse llevar de su capricho, y pintó en esa capilla figuras agitadas, composiciones violentas, terribles, que lejos de infundir en las almas la paz, el recogimiento y la quietud, las arrojan a un abismo de turbación y espanto. Aquellos ángeles muestran fisonomías feroces; sus facciones son recelosas y duras. Diríase que representan a Lucifer y a sus compañeros cuando meditaban la rebelión. Pues bien, hijito: esas imágenes fueron la causa de que tu entendimiento, debilitado y aturdido por toda especie de abusos, concibiera las alucinaciones de que fuiste víctima.

Mauricio exclamó:

—Nada de eso, padre mío. ¡Nada! ¡Nada! No suponga que las figuras de Eugenio Delacroix pudieron turbar mi espíritu; ni siquiera las he mirado; ningún pintor me interesa.

—Pero reconoce, Mauricio, que no hay en lo que acabas de contarme un asomo de verosimilitud ni pizca de realidad. Tu ángel custodio no se te apareció.

—Señor cura—insistió Mauricio, para quien era indudable cuanto le certificaban los sentidos—; yo le vi abrochar las botas a una señora; ¡también le vi ponerse los pantalones de un suicida!...

Y dando una patada en el asfalto, el joven d'Esparvieu apeló, como testigos de la veracidad de sus afirmaciones, al Cielo, a la Tierra, a la Naturaleza toda, a las torres de San Sulpicio, a la fachada del Seminario, a la fuente de Les Quatre-Eveques, al kiosco de necesidad, al de los coches de punto y automóviles de alquiler y al de los ómnibus automóviles, a los árboles, a los transeuntes, a los perros, a los pájaros, a la florista y sus flores.

El sacerdote deseaba poner término a semejante conversación.

—Todo ello es erróneo, falso, absurdo. Hijo mío, puesto que naciste cristiano discurre como cristiano. Un cristiano no se deja seducir por vanas apariencias; la fe le defiende contra las alucinaciones de lo maravilloso; ¡deja la credulidad para los librepensadores, que se tragan las más burdas mentiras! El cristiano se guarece tras un escudo que ahuyenta las invenciones diabólicas: la señal de la cruz. Tranquilízate, Mauricio; no perdiste a tu ángel; como siempre vela por ti, es tu guarda; pero debes procurar que tus acciones y tus pensamientos no le dificulten la misión que Dios le ha confiado cerca de ti. Adiós Mauricio; el pulgar del pie izquierdo me duele mucho; barrunta tormenta.

El reverendo padre Patouille se alejó; su cojera no disminuía su majestuosidad, propia de un obispo futuro.

Aquel mismo día, con los codos apoyados sobre el parapeto en la escalinata de la Butte, Arcadio y Zita contemplaban las humaredas y las brumas que se alzan sobre la ciudad inmensa.

—¿Puede abarcar la imaginación todos los dolores y todas las amarguras que germinan en una ciudad populosa? Creo que si un hombre consiguiera imaginarlos, el horror de su concepción le destrozaría, hiriéndole como un rayo.

—Sin embargo—respondió Zita—, aun los más castigados en este infierno, desean vivir; todos aman la vida. ¡Es un impenetrable misterio!

—Su existencia los hace desgraciados, y les horroriza dejar de existir; no suponen consolador el aniquilamiento; no les parece que haya descanso en él. Su exaltación

les representa cruel y temible hasta la misma Nada, que poblaron de sombras. Mira esos frontones, esos campanarios, esas cúpulas, esas cresterías rematadas por una cruz resplandeciente. Los hombres adoran al demiurgo que los ha condenado a una vida más triste que la muerte, y a una muerte más lamentable que la vida.

Zita permaneció silenciosa largo rato, y dijo al fin:

—Arcadio, ha llegado la hora de hacerte una revelación. Óyeme: no fueron las ansias de una justicia más justa y una ley más honrada la que precipitó a Ithuriel sobre la Tierra. La ambición, las necias intrigas, el ansia de riquezas y honores, me hacían insoportable la paz del Cielo, y quise intervenir en las agitaciones febriles de los hombres. Me valí de recursos desconocidos por la inmensa mayoría de los ángeles, y supe formarme un cuerpo que, trocando a mi antojo el sexo y la edad, me permitió conocer las más variadas y sorprendentes fortunas. Cien veces ocupé un rango ilustre entre los árbitros del momento, los reyes del oro y los príncipes de las muchedumbres; no te revelaré, Arcadio, los nombres famosos que yo he usado, y te bastará saber que influí por las ciencias, por las artes, por el dominio, por la riqueza, por la hermosura, en todas las naciones del mundo; y hace pocos años, en un viaje a través de Francia bajo las apariencias de una famosa extranjera, mientras vagaba una tarde por el bosque de Montmorency, oí una flauta que recordaba las tristezas del Cielo. Su voz pura y doliente me desgarró el alma. No había oído jamás nada tan delicioso. Con los ojos llenos de lágrimas, angustiada y sollozante, me acerqué, y vi en un calvero a un anciano semejante a un fauno, que manejaba un rústico instrumento. Era Nectario. Arrojéme a sus pies, besé luego sus manos y su boca divina; y huí... Desde

entonces comprendo la pequeñez de las grandezas humanas. Ante la tumultuosa vanidad de todo terrenal propósito, humillada por mi enorme trabajo inútil y resuelta a satisfacer mi ambición en mayores empresas, alcé los ojos hacia mi patria sublime y me prometí entrar en ella como un libertador. Renuncié a toda clase de jerarquías, a las riquezas, a los amigos, a la turba de aduladores, y transformada en la humilde Zita, pobre y sola trabajé por la liberación de los cielos.

—También yo he oído la flauta de Nectario—dijo el ángel de Mauricio—; pero ¿quién será ese anciano jardinero que saca de un rústico instrumento de madera voces tan conmovedoras y sublimes?

—Pronto lo sabrás—respondió Zita.

## CAPÍTULO XVI

Donde aparecen Mira la adivinadora, Ceferina y el funesto Amadeo, y donde se ilustra, con el ejemplo terrible del señor Sarrlette, lo que dijo Eurípides: «Júpiter ciega a los que quiere perder.»

Descorazonado por no encontrar apoyo en las ideas religiosas de un eclesiástico tenido en mucha estima, y sin esperanza de recobrar a su ángel por la ortodoxia, Mauricio no dudó en recurrir a las ciencias ocultas, y fué a consultar a una adivinadora. No se dirigió entonces a madame de Thebes, porque ya le había consultado sus primeras ansias amorosas, y dedujo de sus pru-